

## EL CAZADOR DE DUENDES

Para mi nenita

¿Que si me fue difícil cazar al duende? Dificilísimo. Así chiquito como lo ven, ahora encerrado en la jaula de los canarios, es un pequeño bicho salvaje depredador y feroz. Si no miren cómo come. Frutas, verdura, carne, golosinas, insectos, lombrices, agua, soda, cerveza; todo se lo engulle como una verdadera máquina de tragar. Parece sufrir de un hambre asesino constante, que se traduce en el fétido hedor que exhala de su boca armada con amarillentos dientes puntiagudos y torcidos. Eso, creo yo, lo hace movilizarse en continuo afán destructivo.

Todo comenzó con una situación parecida a la que suele ocurrir en la mayoría de las casas de familia, como la mía. Llaves, juguetes y herramientas que se extraviaban inexplicablemente para aparecer días o semanas después en los lugares más obvios. La repentina desaparición de la invencible plaga de cucarachas que antes resultó imposible de erradicar, y algunos otros detalles así de insignificantes que sumados me tendrían que haber dado un indicio de que una inminente amenaza acechaba a mi hogar. Pero como todo el mundo, hice caso omiso a aquellas advertencias que todo padre de familia – y hoy estoy en categórica condición de dar este consejo – no debe dejar de atender, porque la seguridad de todos sus seres queridos, los hijos pequeños en particular, corre serio riesgo.

Para cuando mi hijita Julieta, de año y medio de edad, comenzó a balbucear en su inocente media lengua que el “hombrecito feo” trataba todas las noches de entrar a su cuarto por la ventana que daba al jardín, tanto mi mujer como yo supusimos que se trataba de una normal fantasía infantil. No creíamos que aquello que ella aceptaba como una cotidiana realidad fuera otra cosa más que un excéntrico capricho onírico, y lo dejamos todo así

esperando a que ese nocturno amiguito imaginario evolucionara o desapareciera solo como siempre suele suceder con esa laya de infantiles seres imaginarios. Hasta que una mañana mi esposa, cien veces más detallista que yo, me avisó que la eterna pero casi inadvertida rajadura en uno de los extremos inferiores del vidrio de la ventana de nuestra hija, estaba distinta. Se había hecho sensiblemente más grande y aparentemente, este crecimiento había sido paulatino y prácticamente invisible. En definitiva, se había ido agrandando a pesar del sumo cuidado con que tratábamos a la susodicha ventana.

- Fue el hombrecito feo – zanjó Julieta la diferencia de opiniones que tuvimos con respecto a la posible causa del crecimiento de la rajadura de la ventana. Como era de esperarse por parte de cualquier persona adulta, seria e inteligente, no le prestamos ninguna atención y decidimos endilgarle la causalidad de la evolutiva grieta del vidrio a los constantes aunque imperceptibles movimientos del suelo de nuestro barrio. Ahora que lo pienso bien, una idea definitivamente estúpida.

Fue por casualidad, algunas noches más adelante, que una pesadilla de la que ya no guardo recuerdo alguno me despertó cerca de las tres de la madrugada. Repentinamente despabilado por el mal sueño, me levanté con rumbo a la cocina para servirme un vaso de agua y luego volver inmediatamente a la cama para tratar de seguir durmiendo. Caminé a oscuras por el pasillo con la seguridad de quien conoce cada centímetro de su casa y por puro instinto paternal, decidí visitar la silenciosa alcoba de nuestra bebé para velar por su sueño de angelito. Entonces, al encender la luz para verla mejor, fue cuando noté apenas con el rabillo del ojo el fugaz movimiento de algo parecido a un animal que había estado merodeando en el rellano de la ventana. Pensé que el huidizo bicho pudo ser una laucha o alguna clase de batracio, o tal vez uno de esos pequeños murciélagos marrones que pululan en los meses de calor, pero también hubiera jurado que esa alimaña, sea lo que fuere, había

salido corriendo en dos patas. Por supuesto que al asomarme por la ventana hacia el dormido jardín de la casa no vi nada, y tras asegurar bien el pestillo continué con mi camino a la planta baja, a la cocina.

Recién al otro día durante el desayuno, al comentar el suceso de la noche, mi esposa sugirió la relación entre el "hombrecito feo" y el bicho de dos patas que había estado en la ventana de Julieta, justo donde ella decía que todas las noches éste intentaba entrar. Claro que todo me pareció una casualidad a la que no había que darle mayor importancia, pero aunque ninguno de los dos dijo nada, creo que la preocupación quedó flotando en medio de nuestro silencio. Al atardecer, con una inusual coincidencia de pareceres, decidimos que ella y Julieta pasarían la noche en casa de sus padres y yo trataría de averiguar cuál era el animal de la ventana que nuestra hijita confundía con un "hombrecito feo". Aunque no había ninguna razón valedera para hacerlo, organizamos un operativo relámpago para que se fueran lo más rápida y discretamente posible, y una vez que la noche cayó displicente como suele hacerlo en los meses estivales, me encerré en la casa procurando hacer la misma cantidad de ruidos que hay cuando está la familia completa. Durante las primeras horas cené, miré televisión y me di una ducha para más tarde, siempre respetando los horarios habituales, acostarme y leer la sección de deportes. Contrariamente a lo que le sucede a la mayoría de los mortales, la lectura nocturna me despabila y de esa manera, con sólo un velador encendido en toda la casa, vi pasar las lentas horas en que el sol no ilumina esta parte del mundo leyendo unas revistas. Así fue pues que, paciente como la araña que espera a su presa en la tela, aguardé el mismo horario de la noche pasada en que había visto al merodeador. Cerca de las tres, con la puntualidad de un reloj, los apenas audibles rasguídos en el vidrio de la ventana atrajeron mi atención. Claro que en una noche normal, en que yo no hubiera estado atento como un cazador, no hubiera oído la fechoría de mi

presa que otra vez, como seguramente desde hacía quién sabe cuánto tiempo, intentaba entrar a la casa por la ventana. Era evidente que había elegido esta noche para dar el golpe final, porque mientras me levantaba sigiloso con una linterna que precavido había guardado bajo la cama, el tintinear de algunos trozos de vidrio cayendo al suelo me indicó que el polizón al fin había logrado romper la ventana y colarse en la casa. Ya iba a ver ese bicho lo que le esperaba. Ninguna sucia alimaña iba a entrar a mi casa y mucho menos al cuarto de mi hija. Quién sabe lo que le hubiera llegado a hacer... bueno, en realidad yo sí lo supe. Suspiciousamente, antes de cenar, puse en la cama de la niña un muñeco de esos rellenos de estopa debajo del cubrecamas que simulaba su dormida presencia, y fue hacia ese señuelo adonde el intruso se dirigió sin ninguna vacilación. Al encender la luz de la habitación, llegué a vislumbrar la pequeña y movediza silueta del animal que velozmente se escurrió saltando de la ventana. Cruzó la distancia que separaba la abertura de la cama en un abrir y cerrar de ojos y en un instante estuvo sobre el muñeco. En esa milésima de segundo, apenas pude ver que no era ninguno de los animales que supuse podría ser, y que era evidentemente su única meta alcanzar a mi hija. Hace unos días mi cuñado, que es un hombre leído, me dijo que este espantoso espécimen no sería un duende exactamente, sino que se trataría de una degeneración llamada gnomos, conocida por atacar a los niños pequeños para quitarles el aliento mientras duermen. Ahí sobre la cama y conmigo obstruyéndole la puerta, el duende – que tenía el mismo aspecto horrible con que lo ven ahora – me miró con sus oscuros ojillos nerviosos pero intimidatorios, como sus afilados dientes de gato. Con su rápido paso de roedor el intruso intentó volver a la ventana, pero pasada la impresión original y ya conocedor de su agilidad, di un largo salto sorpresivo cortando su vía de escape. El animal – porque para mí todavía se trataba de un animal – con esa piel rugosa, la enjuta cara barbada y los arapos mugrientos que llevaba encima a modo

de vestimenta, giró resbalando sobre los mosaicos del piso y raudo pasó por entre mis piernas. En ese instante calculé que tendría sólo la altura de una botella, y azorado pero sin quitarle los ojos de encima, di vuelta sobre mis talones y me lancé encima de él. Emitió un agudo chillido entre animal y femenino cuando mis dedos como garras se cerraron asesinos sobre su sucio cuerpo escurridizo, pero un grito aún peor me vi obligado a dar yo cuando sus diminutos dientes de piraña me laceraron la carne débil de una falange. Sin amedrentarme por esto – al contrario, la mordedura más bien me había enfurecido – me zambullí en el hueco oscuro de la vertiginosa escalera tras él. Como no los podía ver, conté los escalones hasta llegar a la planta baja. La blanca luz redonda del ojo de la linterna se bamboleaba enloquecida barriendo las barandas, las paredes y los mármoles de cada peldaño, iluminando esporádicamente a mi presa que corría como un demonio un metro y medio debajo de mí. Cuando el piso bajo mis pies se puso completamente horizontal, de un sólo golpe encendí el interruptor de la luz. La araña de la sala desintegró la oscuridad azulada de la noche, dándome por apenas un segundo la posibilidad de ver al bicho escurriéndose bajo el sofá. Recién allí comprendí lo que nuestra pequeña hija quería decir con el “hombrecito feo”. Eso que vi esconderse debajo del mueble tenía todos los atributos, aunque toscos y básicos, de una persona de no más de treinta centímetros de altura; dos cortos brazos con manitos de cinco dedos rematados en uñas largas y filosas, dos regordetas piernas breves que movía con prodigiosa agilidad, y que llevaba cubiertas con sucios trapos a modo de pantalones que le llegaban hasta los tobillos. Sus pies diminutos iban cubiertos por un grosero calzado hecho con pedazos de cartón viejo y un oscuro material rugoso, que me pareció era corteza de árbol.

Ahora lo tenía atrapado. De cuclillas en el suelo, levanté el borde de la funda del sofá pero la oscuridad de debajo de éste no me permitió ver nada. Armado con mi linterna dirigí

el haz de luz hacia la lóbrega madriguera que había improvisado el polizón, para toparme con su horrenda cara ruin que me miró amenazadora. Por un segundo, los dos nos quedamos helados mirándonos a los ojos; yo, un poco desconcertado pero decidido a atraparlo; él, tal vez asustado pero haciéndome saber – con solamente el brillo frío de sus ojillos de roedor – que iba a vender caro el pellejo. Antes de que pudiera reaccionar, el enano horrendo emitió otro chillido salvaje y se me abalanzó con las manillos engarfiadas. Grité al sentir el picante arañazo que me dio en la mejilla derecha, muy cerca del ojo y que más tarde – como pueden apreciar ahora – se infectó por vaya a saber qué mugre que guardaba bajo sus afiladas uñas. Furibundo (ya iban dos veces que se me escapaba), volteé cuando pasó precipitadamente a mi lado rumbo a la cocina y a modo de hacha arrojadiza, le lancé con la linterna que lo siguió rauda girando sobre sí misma. La luz de mi repentina arma dio vueltas como una baliza de ambulancia, hasta que desapareció súbitamente cuando la linterna estalló y se rompió en varios pedazos al golpear con la mesita del bar rodante. Esta también se tumbó con el impacto y todas las botellas y las copas se hicieron añicos contra el suelo en medio de un estruendo. Con otro de esos chillidos que me ponían histérico, esa cosa salida del quinto infierno esquivó los pedazos de vidrio que volaron de las botellas rotas y se perdió adentro de la cocina. Mientras me ponía de pie, oí con claridad cómo en el interior de la misma caían sillas, estantes con vajilla y hasta los floreros de mi mujer. En su loca huida iba derribando todo lo que había a su paso convirtiendo mi casa en un pandemónium. Como jefe de la familia no iba a permitir que un duende o gnomo o lo que diablos fuera me demoliera la casa, así que decidido a terminar con aquella situación que en esos momentos no me resultó extraña o paranormal, sino más bien enojosa, me dirigí directamente a la pared donde tenía colgado – sobre una hermosa madera tallada – el pistolón S&W de principio de siglo que me dejara de herencia mi abuelo Felipe. El arma

era maciza, pesada y difícil de manejar, pero todavía funcionaba a la perfección y yo tenía una caja de balas que me fabricaron a pedido en una armería de la Capital. Cargué en el tambor los seis proyectiles casi tan grandes como mi dedo meñique y armado entré a la cocina. Al encender el interruptor de la luz lo encontré rápidamente, porque el asqueroso merodeador se hallaba con medio cuerpo adentro del recipiente para la basura, de donde comía con tremenda gula los desperdicios que estaban destinados al camión recolector. Con la cara embadurnada quién sabe con qué porquería, me miró abriendo grandes sus ojitos oscuros cuando le apunté enfurecido. El pistoletazo me dejó momentáneamente aturdido, y el arma me pateó con fuerza la mano resintiéndome la muñeca. El sobrio tacho plástico literalmente explotó volando por los aires en pequeños pedazos, pero al disiparse un poco la pesada nube azul de la pólvora comprobé que mi presa se había escapado. Seguramente a raíz del estampido, el insoportable perro de mi vecino comenzó a ladrar rabioso, abalanzándose furibundo contra la ligustrina que oficiaba de medianera. Sin darle importancia porque mi atención estaba centrada únicamente en aquel pequeño pero testarudo contrincante, empuñé el pistolón con las dos manos y volví a apuntarle cuando lo vi pasar furtivo entre las patas de la mesa. De esta manera pude soportar mejor la sacudida de la segunda ruidosa descarga, y el proyectil arrancó un pedazo de la maciza madera de una de las patas del mueble antes de dejar en la pared un agujero del tamaño de mi puño. Esta vez, el grito que lanzó el duende cuando fue alcanzado por algunos de los pedazos de mampostería que diseminó la bala delató que al menos por ese momento, tuvo miedo. Su increíble velocidad y destreza para moverse le habían salvado la vida otra vez, pero ya cebado con esto de tenerlo acorralado le volví a tirar otro tiro. Tras el estruendo de la pólvora, lo que estalló fue el vidrio del ventanal principal. Cuando los pocos trozos de vidrio que quedaron en la casa y no esparcidos por el jardín terminaron de tintinear tras caer

en el suelo del comedor, me di cuenta de que al fin el can de mi vecino dejó de ladrar. Recién al otro día me enteré que la bala que salió por el ventanal fue a parar al medio de sus sesos, no sin antes abrirle la cabeza en dos mitades como si se hubiera tratado de una manzana podrida.

Ahora la cosa esa chillaba casi constantemente. Saltando por sobre los vidrios rotos y esquivando los muebles, fue nuevamente hacia la sala huyendo de su implacable cazador. Cuando me pareció tenerlo en la mira, le largué otro chumbazo que prácticamente desintegró el televisor, pero eso no me importó. Admito que comencé a reírme de una manera grotesca cuando me di cuenta que el pobre bicho corría de un lado para el otro lleno de espanto, aunque tuve que cerrar la boca cuando una de las pilas de la linterna que momentos antes había destruido me dio de lleno en la nariz. Con una mano me enjuagué la sangre que me chorreaba de las fosas nasales y se unían en la barbilla con la proveniente del rasguñón del pómulo, justo para alcanzar a ver cómo el enano endemoniado tomaba del suelo otra pila y me la arrojaba con notoria habilidad. Al esquivarla, el improvisado proyectil derribó una de las lámparas de la sala que cayó contra los mosaicos ruidosamente y nos dejó a media luz. En respuesta le tiré otro tiro. La bala dejó un cráter en el suelo, justo en el preciso lugar donde una fracción de segundo antes había estado el gnomo, y rebotó incrustándose en el yeso de la pared. Totalmente fuera de control, en ese instante pensé que la última carga que me quedaba era exclusivamente para convertirlo en esa comida para gatos a la que algunos llaman paté.

El olor de la pólvora, transformada en un humo pesado que se había concentrado casi asfixiándome por haber disparado cinco veces aquel armatoste adentro de la casa, por unos instantes no me permitió ver adónde se metió el "hombrecito feo", pues me había mareado un poco. Sentí la cabeza embotada y todavía permanecía un tanto aturdido por los

estampidos y el golpe de la pila en la nariz, pero nada de eso iba a impedir que yo acabase con ese pequeño demonio. Recorrí el lugar con la mirada tratando de agudizarla lo más posible con el pistolón preparado en la mano, pero no lo vi. En cambio, tuve la espantosa experiencia de sentir, repentinamente, cómo sus diminutas pero pinchudas garras se me clavaban en la pantorrilla derecha. Sacudí la pierna desesperado tratando de quitármelo mientras gritaba como un enajenado, cosa que fue inútil porque además me mordió y por medio de sus dientes quedó firmemente adosado a mi maltrecha humanidad. En medio de mi desesperación, recuerdo que pensé en dispararle ahí mismo, pero luego tuve un iluminado instante de sentido común que me advirtió de la posibilidad de volarme el miembro entero si lo hacía. Corrí sin saber exactamente hacia adonde con él literalmente incrustado en mi pierna. De esa manera atravesé el abierto rectángulo en que se había transformado el ventanal sin parar de proferir alaridos hacia el jardín, y obnubilado por el dolor y el cansancio no noté que iba con rumbo fijo hacia la pileta. El choque con el agua fría me hizo volver en mí mismo cuando ambos caímos adentro.

Desde ese momento, sé que los duendes no soportan el contacto con el agua a menos que puedan tomársela toda, y el patético estado en que quedan me permitió atraparlo fácilmente y encerrarlo en esta jaula donde está ahora. Claro que fueron muchas las veces que pensé en sacrificarlo, pero de alguna manera me encariñé con él y el trabajo que aún me está demandando la reconstrucción de la casa no me deja pensar en otra cosa. Mi cuñado me sugirió que le cobráramos entrada a la chusma morbosa que quiere verlo, como si se tratara de la pusilánime atracción de un circo de mala muerte.

Gracias a eso compré la mitad de los muebles que fueron destruidos en la fatídica noche que lo cacé.

